

allí la tripulación la divide en trozos más chicos que después se bajan á la estiva.

Una vez desprendida toda la materia grasa del centro y de las mandíbulas, se vuelve sobre el costado la masa del animal, y se continúa la operación en uno y otro lado. Después se procede á separar los huesos de las mandíbulas y las barbas, dividiendo estas últimas en pedazos de cinco á diez cada una.

El resto de la ballena, que no ofrece un beneficio digno de tenerse en cuenta, se abandona para pasto de los lobos marinos y de los pájaros. Si la tripulación es hábil y práctica en el oficio, emplea sobre cuatro horas en descuartizar una corpulenta ballena; pero si es novicia, suele tardar hasta veinticuatro horas.

Los balleneros americanos que maniobran en los mares del sur, acostumbran cocer la grasa á bordo del barco y extraer de ella el aceite, operación que ocupa una gran parte del buque.

En los mares del Ártico no se hace así, sino que se acostumbra trasportar la materia grasa, tal como está, á Europa, donde se verifica la extracción del líquido.

Los huesos de las mandíbulas se atan al palo ma-

yor, colocando debajo cubas ú otros recipientes, á fin de recoger la cantidad considerable de aceite que se escurre, á medida que el barco adelanta en su viaje hacia regiones más templadas. Al llegar á puerto, estos huesos, que son muy oleaginosos, se someten también á la cochura.

El precio del aceite de ballena ha variado bastante, sobre todo desde que dejó de emplearse para el alumbrado. Hoy se consume principalmente en las fábricas para las máquinas, y en las tenerías.

Las barbas están implantadas en la mandíbula superior: las más largas son las situadas en el centro, y van disminuyendo hacia los lados de la boca interior y exteriormente. Para el tráfico se dividen en barbas de medida ó baja medida, según que tienen seis pies ó una longitud menor.

El peso total de las barbas de una ballena varía entre mil y quinientos kilogramos. El precio de este artículo en el comercio está sujeto á grandes fluctuaciones, según que la moda lo emplee ó no en los vestidos ⁽¹⁾.

(1) *Ilustración Venatoria*, marzo, 1884.



Las primeras familias que han poblado el Universo, fueron naturalmente frugales: cada uno iba por su parte en busca del alimento reducido á las yerbas y frutas de los campos

y bosques, que usaban sin más preparación ni otra salsa que conforme la tierra por sí misma las presentaba.

La casualidad y la necesidad sucesivamente hicieron que empezasen á extender su acción á los esquilmos del reino animal. No contentos los hombres alargaron una mano, acaso hambrienta; á otro género de despojos. De estos principios parece tuvo el suyo la *Pesca* en el momento que aquellos empezaron á domiciliarse con inmediatez á las arenosas playas, y miraron con menos timidez el embate de las olas.

CAPITULO V

LA PESCA EN ESPAÑA

La imaginación, siguiendo las luces de las primeras tentativas, fué proporcionando cosas, y rectificando ideas para formar instrumentos con que aprisionar los vivientes de un elemento en que sólo desde los límites que le prescribe la tierra puede registrar el hombre: ó si hubo de reconocer sus distancias, fué por medio de ciertos cuerpos ó máquinas que le sostuviesen. De aquí procedió el invento de la barca, el anzuelo y la vara del Júpiter maquinario, conocido en la remota antigüedad por Ceumiquio.

Por semejantes auxilios comenzó el aprovechamiento de las producciones de las aguas: la industria por su orden natural ha procurado multiplicarlas: aprovecharse de ellas la economía; y el arte su conservación.

El progreso, según resulta de la historia del género humano, ha sido uniforme, pues que el descubrimiento é introducción de los artes fué de un modo insensible, poniendo término á las calamidades que le afligían en los tiempos que siguieron inmediatamente á la confusión de las lenguas y dispersión de las familias.

Las leyes sociales empezaron la reunión: reunidas las familias han perfeccionado los artes; pero la base general de semejantes progresos ha sido el descubrimiento del modo de aprovechar los frutos de la tierra y del mar. Sin la cultura terrestre y marítima nunca



Pesca con cebo vivo á latigazos



Con sedas y redes prevenido
 (dejando á desovar el río alijo)
 Sacas á lares y á Pedro parecido,
 Llenas las redes en el fondo Tajo;
 Quiera de la caña así la imperitencia,
 Si embargo será de la postreridad.

También al pez con yerbas se adormece,
 Y se pesca de minibre en los cañales,
 Cuando tapado el agua desaparece;
 Después le darán no designales
 A los del Tajo de arrastrar, que un día
 Iba mil libras de peces en la ría.

DIANA
 de Nicolás Fernández de Moratín

CAPRICHO PISCATORIO